

Mutar

Nadia Villafuerte

Pues nació del lado de la morcilla. Nunca supe de dónde me vino el gusto por los cosméticos cuando en mi hogar la única posesión extraordinaria era una consola que me permitió escuchar por primera vez a Billie Holiday en medio de aquella oscuridad donde sólo había refacciones y mandiles sucios. Taller mecánico y cocina. Padre y madre. De mi padre, célebre porque sus manos manchadas de grasa sabían dar buenas golpizas, heredé la nariz sagitaria y un traje barato que nunca usé, para su decepción. De mi madre, en su humildad, el gusto por el drama: una noche se llenó el estómago de barbitúricos sin querer, o eso fue lo que explicó, aunque lo único que logró fue un tremendo susto de su coraje y de su mediocridad.

En este punto de la biografía, y la biografía siempre es una proyección oblicua y recalentada de un plano de referencias sometido a las distorsiones, en este punto entro en el dominio de las metamorfosis del sueño: y es que en aquel tiempo yo sabía muy poco de mi verdadera naturaleza. Imaginaba una mesa púrpura de vino y rosas cuando se esperaba que me gustasen los aviones militares. No me gustaban los aviones militares ni los tanques bélicos sino los soldados y los pilotos, a quienes entreveía bebiendo ron en los casinos de Argel, como pasaba en el cine. Odiaba lo que ese capullo colgando entre mis piernas le hacía a mi afición por esas delicadezas amables que embellecían la vida. Yo lo que quería era caminar por el concreto con zapatos de tacón número diez, las uñas pintadas de color bermellón, y un vestido de vuelos rematados con encaje. Impulsiva y temperamental como la sureña Julie Marsden cuando hace su entrada en el gran baile de debutantes del Olympus, así me veía entrar al pasillo de mi horrible vecindario: inadecuada en rojo para provocar los celos de quien se atreviera a quererme.

Mi percepción sobre la llanura lluviosa de Tebas variaba según mi ánimo. Se trataba de un edificio atípico, una espiral de casas y comercios protegida por un muro de ladrillos rojos que a veces me hacía sentir en una fortaleza. De los barandales, los jardines y las caminerías, pendía la ropa de los inquilinos, la mayoría obreros y empleados de la brigada de la limpieza o la construcción. En la fachada principal había una placa conmemorati-

va: “Este edificio fue construido por Bono Brillembourg en 1950”, seguido de esta frase: “Ninguna casa debería estar nunca sobre una colina ni sobre nada. Debería ser de la colina. Perteneciente a ella. Colina y casa deberían vivir juntas, cada una feliz de la otra”. Lo cual distaba mucho de lo que el edificio se volvió: la montaña era el basurero y en nuestras casas abundaban los paneles de vidrio perdidos, los muros caridosos por una que otra munición, y antenas satelitales asomándose cual hongos en las tejas. En breve, aquello era un coloso de hormigón sin terminar, con sus bloques mal ensamblados y las plantas superiores abiertas al cielo, como una torre de Babel en ruinas. Ignoro las razones por las cuales tuve muy temprana conciencia entre lo vulgar y lo hermoso; entre distinguir el borde soez de los grafitis políticos y salpicones de pintura en paredes donde un partido había tratado de sabotear la propaganda del otro, a diferencia de aquellos muros enteramente encalados en blanco que eran surcados, de forma delicada, por una enredadera. Me deprimía observando a los adolescentes afuera de mi puerta, que mezclaban cemento con una carretilla, untando la pasta sobre una extensión de cascajo, hierba y escombros, y que me hacían repetir en un desesperado estribillo: “Yo debería estar muy lejos”, y no postrada en aquellas fotografías de granulosa textura.

Mi casa no era un hogar sino algo parecido al camarote de un marinero: dos recámaras, en el *living* una TV, una mesa con tres sillas y el armario donde reposaba la consola de bulbos. Apenas enumero y siento que se me escapa un objeto, una caneca, una virgen pegada al refri, el estertor de las luces eléctricas eclipsando las variaciones más zafias de nuestra vida en familia. Mi evocación vendática no registra las muecas de asombro de mis padres cuando me descubrieron con un turbante de plumas, guantes y esos abalorios quemándome el pecho. Ni mi propio pavor frente a un espejo craquelado en el que se veían las transformaciones de mi carácter gracias a las pelucas y el maquillaje.

Mutar. Como en la mitología griega, he sido dos personas a lo largo de mi existencia. Primero hombre, después mujer. Tal vez mujer primero, con el disfraz masculino tratando de romper el corsé del cuerpo con la

mayor voluntad. Fue como si me hubieran parido dos seres distintos, y hubiera sido arrojado al mundo por dos madres y dos países, doble el misterio pero uno solo el monstruo. Dos lenguas bífidas dentro de mi boca. Dos cabezas dentro de mi cráneo. Dos espíritus opuestos debatiéndose debajo de la carne. Dos espinas dorsales forjando en mi espalda una misma columna. Para sostenerme, mientras llegaba el día de la caída.

A mi padre, además de estar a menudo bajo el chasis de un coche, embarrado de diesel mientras discernía los principios del funcionamiento de un motor (yo oía aquellas palabras, *carburadores, fuel injection, suspensión, electricidad, motores, transmisiones, mofles*, pensando que hablaban de corregir mi futuro: *frenos, dirección, alineamiento*), a mi padre le gustaba ir a las funciones de box sabatino, emborracharse, afeitarse con una navaja. No quería que fuera mecánico automotriz, como él, pero sí que estudiara para convertirme en ingeniero, ese universo masculino que a mí sólo me hacía intuir dolores musculares y hernias. Hubo periodos en los que, por supuesto, herí a un muchacho de la cuadra o a un compañero de clases, y era tan poco usado mi puño, que éste parecía acumular la fuerza para liberarse de una manera sorprendente, como si se tratara de un miembro ajeno, con vida propia.

El incongruente apego de mis oídos por la música y las radionovelas intensificó para mala fortuna el teatro en mi imaginación. Escuchaba noticias sobre tierras que brillaban a millas de casa y me conmovía: “La cantante Ella Fitzgerald vivió en una situación de pobreza permanente. Su amplísimo repertorio musical incluye el swing, el blues, el gospel y el calypso”. ¿Dónde quedaba Newport News? ¿Y qué demonios era el gospel? Música de las iglesias afroamericanas. ¿Y en qué iglesias el gospel se podía escuchar? En alguna de Harlem. ¿Y dónde quedaba Harlem? En Nueva York. ¿Y qué era Nueva York? Una isla. Una isla estaba rodeada de mar. Al mar llegaban los buques. Y a mí me gustaban, además de los pilotos de guerra, los marineros de cuerpos negros como la brea, a quienes veía bajar de una larga travesía por el océano para entrar a los burdeles de los puertos. ¿Y qué era un burdel para un oído de ocho años de edad? Un burdel era un lugar escandaloso. “Escandaloso” era una de mis palabras favoritas. “Esa mujer es una escandalosa”, gritaba mamá cuando se refería a la señora Marita, la inquilina del 210. Varias veces me asomé haciendo visera con mis manos sobre su ventana, hasta que la inquilina me descubrió y me invitó a entrar.

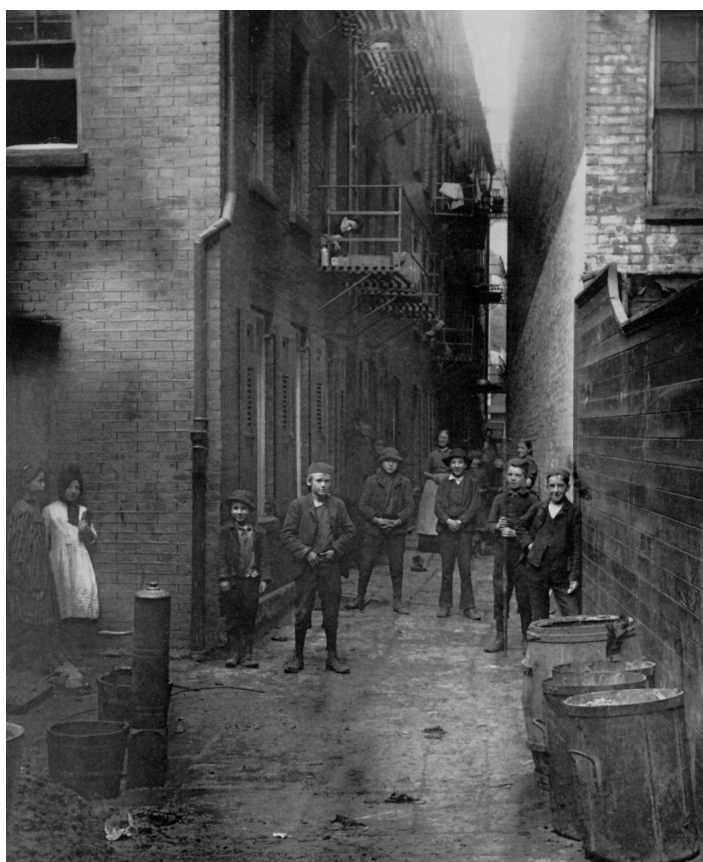
La señora Marita tenía el cabello morocho y gustaba de ponerse pañuelos multicolores. Su trabajo consistía en vestirse y desvestirse en los varios puntos de contacto que se hallaban en la avenida más cercana a Tebas. Lo supe porque pude verla con una ropa sencilla, de dependienta de almacén, antes de salir de su apar-



Ciudad de Nueva York



© Jacob Riis



© Jacob Riis

tamento, y porque horas más tarde la hallé en el cruce, semidesnuda, fumándose un pitillo bajo la refulgencia del semáforo. Las transformaciones se hacen de manera clandestina, fue lo que entendí. Era una locura —según mi madre— regresar de madrugada en un autobús de servicio nocturno vestido con las mismas ropas con las que se trabajaba de noche.

Por algún mecanismo de la mente, que completa lo desconocido con las imágenes que están a nuestro alcance, veía en la señora Marita a Ella Fitzgerald. Su voz ronca, venida tal vez del insomnio, me saludó un sábado. “¿Te gusta el pastel de pasas? ¿Sí? Pues yo tengo, pasa, pondré café”. Se había casado cuatro veces y divorciado las mismas. Un albañil, un primo segundo, un emigrante y un local, era la mejor forma de enumerarlos. Si bien se trataba de casarse por dinero, para poder sobrevivir porque no sabía hacer nada más que ser joven cuando lo fue, también buscaba algo de esparcimiento: a falta de hijos, la necesidad por el cambio permanente de compañía se le quedó como una mala afición.

Mayo francés, primavera de Praga, tropas soviéticas, escuché en los noticieros de la FM; la AM no porque casi toda estaba llena de música de pueblo. En Vietnam las fuerzas estadounidenses habían recuperado Hué, a la que yo imaginaba destruida, como decía el locutor. Todo era confuso, los acontecimientos siempre se me traslapaban unos sobre otros, para mí un país y otro tenían lugar en el mismo sitio. En el apartamento de la señora Marita, en cambio, me sentía sin época, varada en un limbo lleno de bisutería y licor barato. “Deja que te pinte”, dijo, cuando yo iba a su casa a escondidas de mi madre. Me dejó. “Deja que te pruebe esta falda de chifón”. Me envolví en aquella tela como para protegerme de mis dudas. Fue Ella Fitzgerald la que advirtió: “Este lugar sería insostenible si no reinara en él la mentira”. Vaciada su casa en el tiempo, la vi hacerse diminuta, las costillas salientes, la piel seca, los ojos violetas empapados, tan grandes que aún había lugar para el placer aunque ya no pudiera revolotear en los cruces.

Le llevé comida y revistas a la señora Marita en ese trance en el que se pudría en su dormitorio. Su discurso se volvió delirante, interrumpido sólo por el cansancio. En algunos lapsos, su voz de cantante de blues se elevaba al grado de opacar los ruidos exteriores, el canal de la televisión, una licuadora, el goteo de un grifo descompuesto. Murió luego de un acceso de tos. Es curioso que sus compañeras de trabajo no se aparecieran para ayudarla cuando estaba enferma, y que sí lo hicieran cuando fue velada, pues se encargaron de ponerla lo más presentable posible. En su semblante había serenidad. “Escandalosa hasta en la muerte”, reparó mi madre, que no sé si la miró siempre con envidia.

Dos días después del entierro, tres mujeres saquearon aquel apartamento. Como la ciudad de Hué que no

conocía ni conocería nunca, la casa lucía igual a un país devastado. Merodeé sobre los escombros, hice por un rato visera con las manos, aunque esa vez desde el interior. Desde ahí, Tebas se observaba como hundida bajo el agua de un tono verdoso. Luego me di la vuelta y hallé la maleta que la señora Marita usaba cuando se iba de trabajo a los cruces. De entre lo poco que quedaba, hallé la falda que una tarde me probó. Ceñida de la cintura y con pliegues. En su ausencia entendí que ella me había demostrado su afecto de un modo que nunca vino de mi padre, quien me dirigió a menudo palabras de lija; ni tampoco de mi madre, cuya melancolía la mantenía la mayor parte del tiempo atrapada en una botella de cristal.

Aquella vieja loca, que había encajado a la perfección con un mundo insinuado bajo mis párpados, me hizo volver a casa, en un trayecto en el que me estuve tanteando toda como si me desconociera. Mi padre me arrojó un filete de res semicrudo que comía cuando me vio llegar. Mi madre barría pero no dejó de lanzarme una mirada lerda. Corrí al cuarto, apenas separado al de ellos por una cortina. De repente me encontré la cara. Traía corrida la pintura de labio. Esto no puede ser cierto pero lo recuerdo: los labios se me inflamaron como si acabaran de pasarme por ahí un montón de hormigas. Dejó el sofá, él, y ella la escoba cuando los sentí a mis espaldas.

—¿Qué te pasó? ¿Es sangre lo que te escurre?

—Sangre —dije, pasándome la lengua.

—Como no te defiendas para la próxima, seré yo el que te rompa los dientes —concluyó mi padre, que se devolvió bravísimo. También él había simulado su pregunta. Sabía que aquello no era sangre sino bilé cuando observó que el espejo retenía mis dos caras.

Había traído del apartamento de la señora Marita la falda de pliegues oculta en una caneca para mercar. Me la puse y con ella dormí. La geometría anatómica al fin pudo desvanecerse con libertad esa noche. “Dream a little dream of me”, canté por lo bajo, lo cual anticipaba, entre otras cosas, la tonada que iba a acompañarme en el futuro. Todavía tenía ocho años. Pero fue en ese instante cuando mirando justamente hacia el futuro quedé atrapada en dirección contraria, viendo cómo un deseo se extendía a mis pies y cómo ese deseo me hacía diferente a los demás y por lo tanto infeliz. Tebas fue haciéndose más pequeña en el insomnio, aunque en realidad era yo quien iba sintiéndose cada vez más grande y más solitaria, alejándose a toda velocidad de aquel quinqué que podía ver a través de la ventana, lejos incluso de mi propia agitación interior, desviándose de mí misma cerca de un millón de kilómetros por hora. **U**

Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, 1978) es autora de los libros de cuentos *Barcos en Houston* (2005) y *¿Te gusta el látex, cielo?* (2008), y de la novela *Por el lado salvaje* (2011).